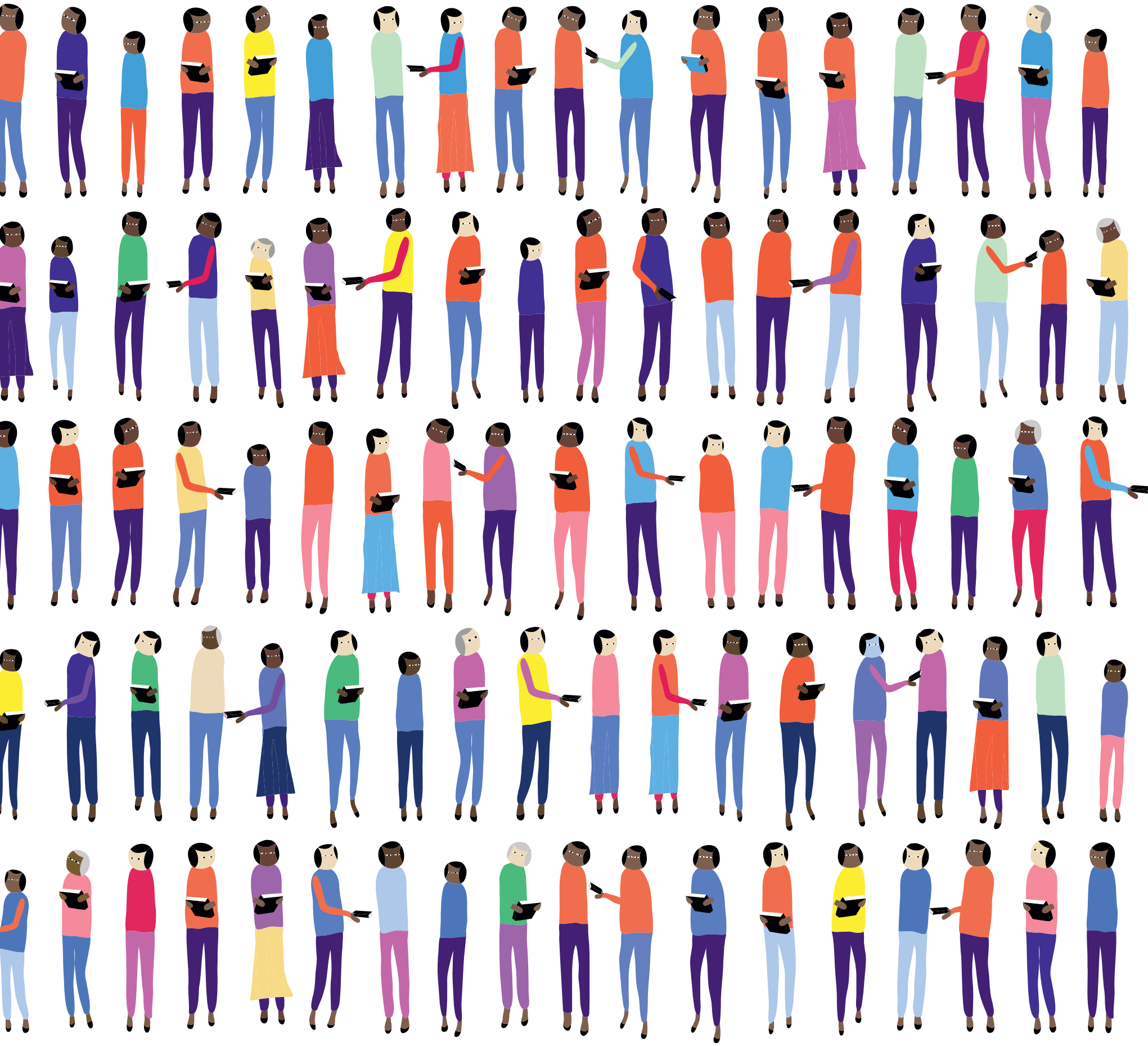


UN CUENTO AL DÍA

UN PAÍS QUE LEE, ES UN PAÍS QUE SUEÑA

WWW.UNCUENTOALDIA.CULTURA.GOB.CL

Gobierno de Chile

www.gob.cl

lee chile lee

Plan Nacional de Fomento de la Lectura

LILY, EL PEQUEÑO DUENDE DEL CALLEJÓN DE LAS HORMIGAS

+6 AÑOS

Por **Manuel Peña Muñoz**.
Ilustración, **Alejandra Acosta**

Todos los veranos, apenas descendían lentamente sobre los cerros de Valparaíso las lentas lluvias de ceniza de los incendios de eucaliptus, mi madre me llevaba en tren a pasar las vacaciones a la vieja casa de la tía Violeta, al interior de San Felipe. Allá al fondo del camino polvoriento, en medio de los cerros, mientras avanzábamos en el coche entoldado que conducía el cariñoso Pedro Maizani, se divisaba la casa de adobe, de un solo piso, con corredor, que estaba adosada a la pequeña iglesia de Lo Valdés.

Apenas descendíamos de la victoria, la tía Violeta salía a recibirnos, mientras Pedro Maizani bajaba el equipaje. Esa misma tarde, mi madre regresaba con ramos de flores a la estación en el mismo carruaje, mientras nosotros nos quedábamos conversando del campo y de los últimos bautizos, con las familias amigas. Orgullosa de llevar la casa parroquial, tía Violeta comentaba que el Padre Solórzano aparecía el día domingo a decir misa y después regresaba otra vez a San Felipe, dejándola a ella a cargo de todo.

Este año hemos tenido el doble de Primeras Comuniones que el año pasado. Han venido niños de todas las parcelas.

Al día siguiente, Pedro Maizani llegó de visita a almorzar diciendo que mi madre se había vuelto sin problemas en la Serpiente de Oro a Valparaíso.

–Rodolfo –me dijo Pedro Maizani con su voz un poco ronca–, esta tarde tengo que ir a ver un campo al Callejón de las Hormigas. ¿Quieres venir conmigo?

Miré como pidiendo permiso con la mirada a mi tía Violeta, que, a su vez, miró con aire nervioso a Pedro Maizani.

–No... Al Callejón de las Hormigas, no.

–¿Por qué no, tía Violeta? Sé montar perfectamente.

–Está bien. Pero regresen temprano. Los estaré esperando con mate con leche de cabra.

Montamos los caballos con Pedro Maizani y enfilamos por el valle del Aconcagua, dejando atrás la pequeña capilla rural y las casas dispersas en las praderas.

–Este es el Callejón de las Hormigas –dijo Pedro Maizani cuando empezamos a abrirnos paso entre las montañas sembradas de cactus y piedras filudas–. Dicen que por aquí hay aparecidos. Cuentan incluso que en las noches de luna llena, se aparece siempre una niña vestida de blanco, de ojos celestes y con cara de muñeca de porcelana. Dicen que se llama Lily.

–¿Lily? –pregunté sorprendido, mientras veía a mi alrededor cimbrearse las viejas pataguas.

–Sí. El viejo Anselmo, el de la Quebrada de las Cabras, fue el primero que la vio. Fue hace años, cuando era arriero. Cuenta que iba

bajando a caballo, cuando vio una lucecita que bailaba bajo un ciruelo. Parecía una luciérnaga, pero de luz mucho más viva. Amarró el caballo y fue a ver, escondiéndose entre los matorrales. Lo que vio, lo dejó asombrado. Era una niñita hermosa, con ropaje antiguo y bucles dorados, que bailaba en punta de pies, sin tocar el suelo, a la luz de la luna.

–¿Será cierto? –pregunté desconcertado.

–Si quieres, pregúntale tú mismo al viejo Anselmo. Vamos precisamente hacia allá.

Con los picachos nevados de la cordillera delante de nuestra vista, llegamos a la casa solitaria en medio de los boldos.

–Hay mucho que hablar, Pedro –dijo el viejo Anselmo con su voz de hombre cansado– Tenemos que ir por los parronales.

Los dos hombres se fueron caminando por los campos sembrados, mientras yo me quedaba imaginándome que bajo esos mismos damascos imperiales, había bailado una vez el espíritu del duende Lily. ¿De dónde sería? ¿Y por qué bailaba precisamente allí, en ese estrecho Callejón de las Hormigas por donde el viento bajaba silbando?

–Don Anselmo –le dije cuando volvieron de los viñedos– Pedro Maizani me contó que usted había visto una vez al duende Lily. ¿Es cierto?

Don Anselmo me miró al fondo de los ojos, como tratando de indagar si mi naturaleza estaba preparada para conocer una delicada verdad.

–Sí...así es... y sigo viendo todavía al pequeño duende Lily. Todas las noches de luna aparece bajo los árboles con su linda sonrisa. Incluso una noche en que yo estaba enfermo y no pude salir a la higuera, Lily entró a la casa. Yo no sé cómo, puesto que la puerta estaba cerrada con tranca. Pero allí se puso a danzar delante de mí e incluso me llevó una bandeja de pasteles. Los duendes son buenos, querido Rodolfo, y sólo se aparecen a las personas que tienen el corazón puro. No lo olvides.

–Y dígame, don Anselmo... ¿Le dijo algo el duende Lily? ¿Le habló alguna vez?

–Oh, sí...Incluso me dio su nombre completo. Se llama Lily Ecija Castañeda. Era una niña que nació aquí, entre estas quebradas, en los tiempos de los indios picunches, cuando reinaba la cacica Maquehua... Claro que esta niña no era india sino hija de españoles...aunque su bisabuela era inglesa. Por eso le pusieron Lily.

–¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Tenemos que volver!

–Otro día que vuelvas, te contaré más acerca del duende de los campos de San Felipe y te mostraré su cinta roja.

–¿Su cinta roja?

–Sí, cuando Lily estima que una persona es buena, cuando ve su corazón limpio, cuando hay un vínculo de amistad hermosa, entonces saca una de sus cintas rojas, de un color muy especial, y se la deja de recuerdo.

Asombrado con la historia, monté mi caballo y emprendimos el regreso con Pedro Maizani, bajando por el desfiladero y dejado atrás el misterioso Callejón de las Hormigas.

Cuando llegamos a la casa, noté que mi tía Violeta miró a los ojos a Pedro Maizani, como aguardando una respuesta. Él, en

forma altiva y sin bajarse del caballo, le envió con aire cómplice, una hermosa sonrisa.

Aquella noche, bajo las estrellas de Lo Valdés, traté de averiguar más acerca del duende Lily, pero tía Violeta estaba mirando cómo la torre de la iglesia se recortaba contra la luna llena...

Esa noche, no pude dormir tranquilo. En sueños veía aparecer el duende Lily con su vestido blanco y sus cintas rojas bailando en punta de pies con las manos en alto, con movimientos gráciles y livianos, como si ejecutara los pasos de un invisible ballet.

De pronto, me desperté. ¿El duende Lily movía las cortinas del dormitorio? Afuera alguien se movía bajo las ramas de los manzanos. ¿Era el duende Lily? No. Era tía Violeta que caminaba entre los árboles, como si conversara con alguien.

Intranquilo, me quedé pensativo en la cama, hasta que volví a sentir los pasos de la tía Violeta otra vez en su dormitorio.

–No –me aseguró a la mañana siguiente–, seguramente lo soñaste. No me levanté en toda la noche.

Pero yo no estaba tan seguro. Me parecía que me ocultaba algo. ¿Algo vinculado con el duende Lily?

Esa mañana, por distraerme, fui a la oficina parroquial donde se guardaban en vitrinas las partidas de bautismo. Eran libros pesados, de tapas de pergamino y hojas amarillentas escritas en tinta negra. Sí. Lo recordaba perfectamente. Lily Ecija Castañeda. Allí podía encontrarse ese nombre y los otros datos de la niña duende.

Más de tres horas estuve buscando en silencio, hasta que por fin, sentí un pálpito al descubrir la fecha exacta de su bautismo: "Lily Ecija Castañeda, nacida en el Callejón de las Hormigas y bautizada en la iglesia de Lo Valdés, el 17 de mayo de 1587".

Corriendo, con el libro en las manos, fui donde tía Violeta que se encontraba en la mecedora bordando manteles para el altar.

–Sí –me dijo cariñosamente–, existe, pero no he querido darte más detalles. Me gusta tu compañía de niño observador y curioso, y temo que tu madre no te traiga más si sabe que te ando asustando con historias de duendes. Pero ya que veo ese brillo inconfundible en tu mirada, voy a contarte algo más acerca del duende Lily.

Tía Violeta miró con nostalgia al otro lado de los ventanales y prosiguió:

–Lily Ecija Castañeda nació aquí en la época de los indios picunches, cuando por estas laderas se paseaba la princesa Orolonco. Fue en esos años cuando empezaron a venir las primeras familias españolas tras la huella de los lavaderos de oro. Muchos soldados castellanos se internaron buscando las vetas, pero no eran fáciles las rutas de oro en el estero Marga Marga. La familia Ecija Castañeda decidió establecerse en el valle labrando la tierra. Francisco Ecija y Teresa Castañeda tuvieron una sola hija a la que pusieron Lily en recuerdo de una antepasada que había nacido en la isla de Wight. La infanta fue feliz en el valle jugando con las otras niñas españolas o con las pequeñas indias, imitando el sonido del viento o alzando los brazos para imitar el vuelo del águila negra que sobrevuela por los picachos más altos del Callejón de las Hormigas. Un día, decidieron regresar sin haber encontrado nunca los minerales mágicos. Pero la dulce Lily que no quería irse de aquí, siempre volvió en pensamiento a su paisaje amado, a sus cerezos silvestres y a los claros del bosque donde jugaba. Es por eso que Lily sigue aquí, porque Lily no se ha ido nunca.

Y aunque vivió el resto de su vida en España, en un pueblo de Zamora llamado Fermoselle y murió siendo una anciana muy querida, ella siguió aquí, en espíritu, con apariencia de niña. Porque Lily en realidad nunca se fue. Sigue estando con nosotros cuidando a los seres que creen en ella. Así es la naturaleza de los duendes... Por eso el viejo Anselmo se siente desamparado cuando Lily no se aparece bailando sonriente sobre la copa de los avellanos. Otras veces dicen que se aparece jugando a la ronda con otras niñas duendes que se fueron a España con sus padres, pero que no deseaban regresar porque les gustaba este paisaje. Por eso volvieron acá, aún después de la muerte, porque quisieron que el cielo fuera para ellas, volver a jugar en el Callejón de las Hormigas.

–¿Y cómo sabes estas cosas, tía Violeta?

–Bueno...no sé. Investigando como tú en archivos parroquiales.

Esa misma noche salí al bosquecillo de peumos para ver si Lily aparecía jugando con las niñas españolas o con las pequeñas indias picunches. Pero lo cierto es que no vi ni escuché nada.

–Los duendes nunca aparecen si los estamos buscando –dijo tía Violeta– aparecen o desaparecen cuando menos lo esperamos y siempre, siempre, dejan una pequeña cinta roja en señal de profundo afecto.

Días más tarde, mi madre acudió a Lo Valdés a buscarme para regresar a casa. Ahí dejaba una porción de mi infancia y un camino de tierra abierto hacia la cordillera con un relato que me hablaba al corazón.

–¡Sube, Rodolfo!

Miré por última vez y subí con mi madre al pequeño carruaje tirado por un caballo.

–Adiós, tía Violeta.

–Adiós, Rodolfo. Y prométeme. Nunca digas nada a nadie de los que has oído en el Callejón de las Hormigas.

Con mi madre nos fuimos en el automotor a Valparaíso, pero yo en vez de regresar feliz y sonriente, iba lleno de melancolía.

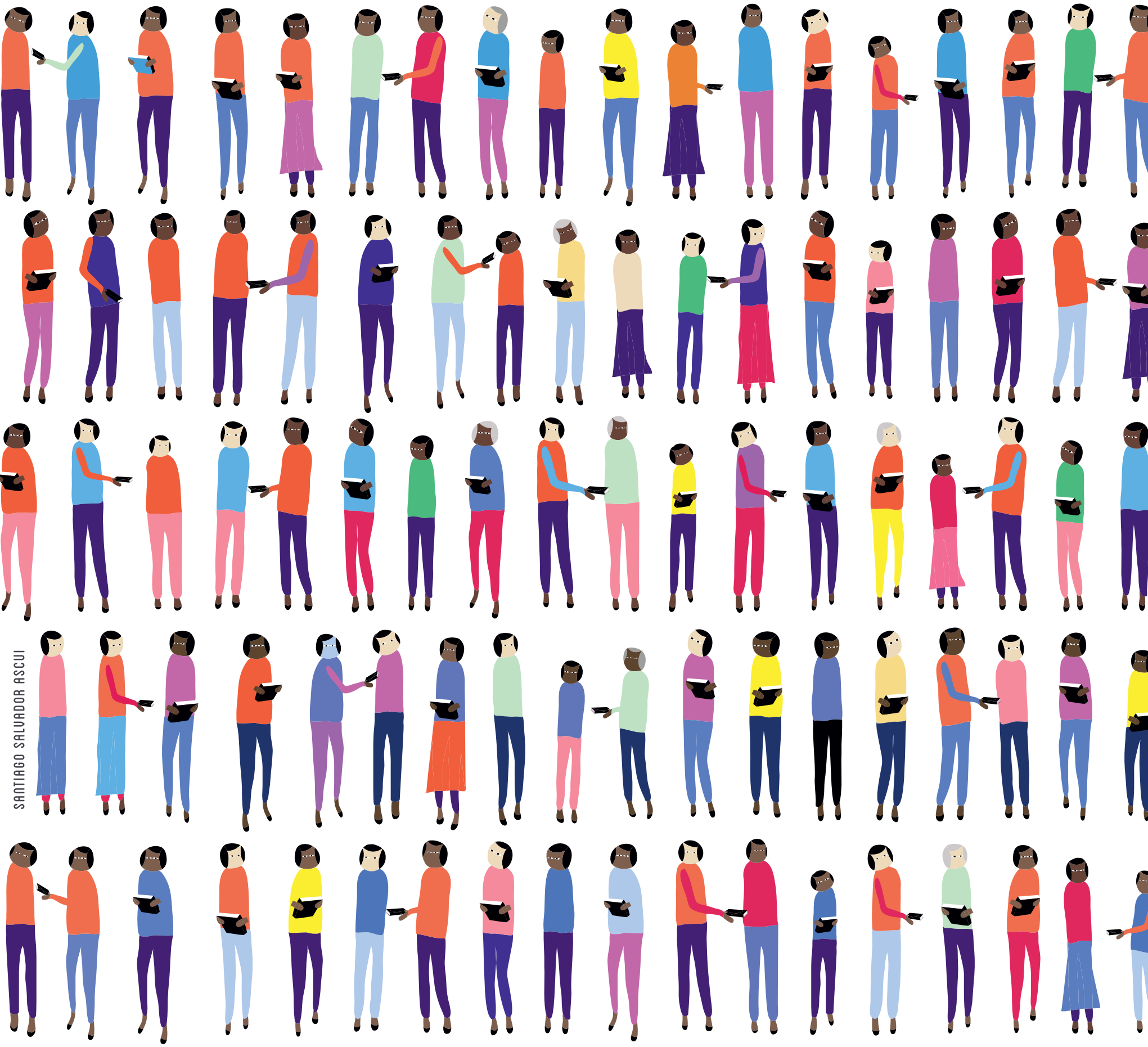
–¿Qué te pasa, Rodolfo? ¿No lo has pasado bien en tus vacaciones?

Cuando meses más tarde supe que tía Violeta había muerto, me llené de un profundo pesar. Pero cuando mi madre volvió otra vez de San Felipe, recordé aquellos acontecimientos de otra manera. Sí. Porque mi madre me traía un sobre que me había dejado tía Violeta. Adentro, en un papel doblado en cruz, con impecable caligrafía de secretaria parroquial de Lo Valdés, había escrito simplemente: "Para mi querido sobrino Rodolfo, por creer en el duende Lily". Y muy en el fondo, encontré doblada una cinta roja, muy antigua, de un color muy especial. De inmediato, recordé sus palabras de hada: "Desaparecen cuando menos lo esperábamos y siempre, siempre, dejan una cinta roja en señal de profundo afecto".

Guardé la cinta y el sobre en el cajón de los secretos y no le dije nada a nadie...

MANUEL PEÑA

Cuando niño viví en Valparaíso en una casa con jardín en el que crecía un gran damasco. En sus ramas construí un refugio de madera para subir a leer libros y mirar el mar. Empecé a escribir pequeños cuentos en un diario de vida. Un día decidí que quería ser escritor para contar las vidas de las personas. Con el tiempo cumplí mi sueño porque he escrito muchos libros, entre ellos "El hacedor de juguetes", "Los niños de la cruz del sur" y la novela "Mágico sur" que ganó en España el Premio Gran Angular.



SÚMATE A LA AVENTURA DE LEERLES

UN CUENTO CADA DÍA A LOS NIÑOS